

LIBRO DIEZ Y SIETE.

SUMARIO.

Revestido Telémaco de sus armas divinas corre al socorro de Falanto : derriba á Ificles , hijo de Adrasto : rechaza al enemigo victorioso , y habria alcanzado mas completa victoria , si una tempestad no hubiese puesto fin á la batalla . Manda recoger los heridos , cuida de ellos , y particularmente de Falanto . Hace honrosas exéquias á su hermano Hippias , y le presenta sus cenizas en una urna de oro .

MIRABA Júpiter , rodeado de todos los dioses celestes , desde el alto Olimpo , el estrago de los aliados , y al mismo tiempo , consultando los inmutables destinos , veía los hilos de que pendian las vidas de los gefes que en aquel dia habia de cortar la tijera de la parca . Cada uno de los dioses estaba atento á descubrir en el semblante de Júpiter su voluntad . Mas el padre de los dioses y de los hombres les dijo en voz dulce y magestuosa : Ya veis el extremo á que están reducidos los aliados ; veis tambien como destruye Adrasto á sus enemigos ; mas sin embargo son muy engañosas esas apariencias , porque la gloria y la prosperidad de los malvados es siempre corta . Adrasto , impío y odioso por su mala fé , no alcanzará una completa victoria . Y si los aliados experimentan este contratiempo , solo es para enseñarles á corregirse , teniendo mas cuenta con el secreto en sus empresas . Aquí prepara la sabia Minerva una nueva

gloria á su jóven Telémaco , en quien cifra sus delicias . Dejó de hablar , y volviéron los dioses á mirar el combate .

Advirtiéseles á Nestor y Filoctetes que parte del campo estaba ya abrasado : que el fuego impelido por el viento se aumentaba : que sus tropas estaban desordenadas , y que Falanto no podia ya resistir á los esfuerzos de los enemigos . Apénas oyen tan funesta noticia , corren á las armas , juntan los capitanes , y mandan que todos salgan de los alojamientos para librarse del incendio .

Telémaco , que se hallaba abatido é inconsolable , olvida su pesar , y toma las armas , don precioso que la sabia Minerva , disfrazada de Mentor , le hizo , fingiendo haberlas recibido de un famoso armero de Salento ; pero que en realidad se las habia hecho Vulcano en las humeantes cavernas del Etna .

Eran estas armas tersas como un espejo , y brillantes como los rayos del sol . Veíanse en ellas á Neptuno y Palas disputarse la gloria de dar su nombre á una nueva ciudad . Hiriendo Neptuno la tierra con el poderoso tridente se veía alanzar de sus entrañas un ardoroso caballo , que arrojando fuego por los ojos , y despidiendo espuma por la boca , ondeaba sus crines á discrecion de los vientos , miéntras que vigoroso y ligero doblaba y redoblaba en un momento los flexibles y nerviosos brazos . No caminaba con lentitud , sino que librando el cuerpo sobre las robustas ancas , saltaba tan veloz , que pisaba en el polvo sin hollarle : en fin parecia que se oían sus relinchos .

Al otro lado estaba Minerva dando á los habitantes de su nueva ciudad la aceituna , fruto del árbol que habia plantado : el ramo de que pendia el fruto repre-

sentaba la dulce paz y la abundancia, preferibles á las inquietudes de la guerra, significada en aquel caballo; y que por lo mismo decidían la victoria en favor de la diosa, y que la soberbia Atenas tomase su nombre.

Veíase también juntar al rededor de sí las bellas artes, representadas en tiernos y alados niños, que asustados de los brutales furores de Marte, que todo lo aniquila, se refugiaban á ella como los inocentes corderillos se refugian al rededor de sus madres á vista de un lobo hambriento, que con fauces voraces é inflamadas se abalanza á ellos para devorarlos. Notábase que á otro lado estaba con semblante desdenoso é irritado, confundiendo con la excelencia de sus obras la loca temeridad de Aracnéa (1), que se atrevió á desafiarla á bordar una tapicería; y á esta infeliz se la veía irse estenuando y desfigurándose hasta transformarse en araña.

En otro lugar volví á ofrecerse Minerva sirviendo de consejera al mismo Júpiter en la guerra con los gigantes, y sosteniendo con su sabiduría á todos los dioses admirados. También estaba representada con lanza y égida á las margenes del Xanto (2) y del Simois (3), conduciendo por la mano á Ulises, reanimando las tropas fugitivas de los Griegos, resistiendo los esfuerzos de los mas valientes capitanes troyanos, hasta el formida-

(1) Aracnéa, hija de Idomon, de la tierra de Lidia, fué trasformada en araña por Minerva, por haberse creído mas hábil en recamar tapices que aquella diosa, á quien se atribuye la invención de esa arte.

(2) El Xanto ó Escamandro es un rio del antiguo reino de Troya que se cae en el mar Egeo.

(3) El Simois, otro rio del mismo pais, se junta con el Escamandro, y se entra con él en el mar Egeo.

ble Hector: introduciendo en fin á Ulises en aquella máquina fatal que en una sola noche habia de destruir el imperio de Príamo.

Al otro lado del escudo estaba representada Ceres en las fértiles campiñas de Etna en el centro de la Sicilia. Veíase reunirse los pueblos, que dispersos buscaban su sustento en la caza ó en la fruta silvestre que se caía de los árboles; y enseñar á estos hombres groseros el arte de cultivar la tierra, y sacar de su fecundo seno los alimentos necesarios. Presentábase un arado, hacia que le unciesen los bueyes, y se veía abrirse en surcos la tierra: despues se notaban las doradas espigas que cubrían aquellas fértiles campiñas, y al labrador segándolas, y recogiendo en ellas la justa recompensa de sus fatigas. El hierro destinado en otras partes á destruirlo todo, solo se empleaba allí en preparar la abundancia, y producir mil placeres.

Las ninfas coronadas de flores danzaban juntas en una pradería á la orilla de un rio, inmediato á un pequeño bosque. Tocaba Pan la flauta, y á otro lado retozaban los bulliciosos faunos y los Sátiros. También se le veía á Baco coronado de yedra, apoyado con una mano en su tirso, teniendo en la otra una vid adornada de pámpanos y racimos. Era de una belleza afeminada, y aunque con cierto aire noble, desmayado y lánguido; tal como se apareció á la desgraciada Ariadna (1) cuando la

(1) Ariadna, hija de Minos y de Pasífae, dió á Teseo un hilo para guiarse en el laberinto sin estraviarse, y le siguió despues hasta en la isla de Naxos, donde fué abandonada por aquel ingrato, en poder de las fieras. Allí fué donde la vió Baco y se prendó de su hermosura.

halló en aquella desconocida playa, sola, abandonada y sumergida en el mas profundo dolor.

Veíase en fin por todas partes un numeroso gentío, los ancianos llevando á los templos las primicias de sus frutos, los jóvenes volviendo á sus hogares cansados del trabajo de todo el día, las esposas saliendo á recibirles y acariciando á los pequeños hijuelos que llevaban de la mano. Veíanse tambien pastores que parecia cantaban, y otros que bailaban al son de la zampoña. Todo representaba la paz, la abundancia y las delicias; todo parecia risueño y feliz. Al mismo tiempo se veían retortar los lobos en medio de los rebaños, y el leon y el tigre, depuesta su ferocidad, pastar con los tiernos corderos bajo la direccion de un pastorcillo, que á todos guiaba con su cayado. Esta delicada pintura traía á la memoria todas las delicias del siglo de oro.

Revestido, pues, Telémaco de estas divinas armas, toma aquella terrible egida, formidable aun á los mismos dioses, la cual de orden de Minerva le dejó Iris en lugar de su escudo ordinario: échase fuera del campo para librarse del incendio: da una fuerte voz llamando á los gefes del ejército atemorizado y sobrecogido; y al oirla se reaniman todos. Un fuego divino centellea en los ojos del jóven guerrero: preséntase afable, libre y tranquilo, y aplicado siempre á dar las órdenes necesarias, como haria un sabio anciano para arreglar su familia é instruir á sus hijos; mas pronto y activo en la ejecucion, á manera de un rio impetuoso, que no solo lleva con rapidez sus espumosas ondas, sino que arrastra en su curso los pesados bajeles que sobre sí tiene.

Filoctetes, Nestor, los gefes de los Mandurienses y de las demas naciones reconocen en el hijo de Ulises cierta superioridad, á la cual era preciso que todo cediese: fál-

tales la esperiencia propia de los ancianos, y á todos los comandantes el consejo y la sabiduría. Hasta la envidia tan natural al hombre huyó por entónces de sus pechos: todos callan, todos admiran á Telémaco, y se disponen todos con docilidad á obedecerle, como si á ello estuviesen acostumbrados. Sube ligeramente á un collado, observa la disposicion del enemigo, y al momento resuelve que prontamente se le sorprenda en el desórden en que se halla quemando los alojamientos. Da Telémaco con presteza un gran rodeo seguido de los mas experimentados capitanes; y ataca á los Danienses por la espalda, á tiempo que ellos le creían á él y á todo el ejército envuelto entre las llamas y el fuego. Sorprendidos con ataque tan no esperado, se desconciertan y caen á sus golpes, como en los últimos dias de otoño caen hojas en un bosque cuando un fiero aquilon, restituyendo el invierno, hace gemir los troncos mas viejos, y furioso sacude sus ramas: del mismo modo derriba, postra, yende y deja Telémaco cubierto el suelo de cadáveres..... Atraviesa con el dardo á Ificles, hijo menor de Adrasto, el cual se atrevió á oponérsele por salvar la vida de su padre, que creyó sorprendido por Telémaco: eran ámbos galanes, esforzados, diestros y animosos, de una misma estatura y afabilidad, de una edad misma, y ámbos queridos de sus padres; mas era Ificles semejante á una hermosa flor que se desarrolla en medio del campo, y que está destinada á ser víctima de la cortante hoz del segador. Derriba despues á Euforion el mas célebre entre los Lidios que pasaron á la Etruria. Atraviesa en fin con la espada á Cleomenes, el cual estaba recien casado y habia ofrecido á su esposa (que no volveria á ver jamas) llevarla ricos despojos de los enemigos.

Temblaba Adrasto de rabia al ver muerto su caro hijo y tantos otros capitanes, y que la victoria se le escapaba de entre las manos. Estaba Falanto casi abatido á sus pies como una víctima á medio degollar que se libra del sagrado cuchillo, y huye despues léjos del altar. Un momento le hubiera bastado á Adrasto para acabar con el Lacedemonio, que inundado en su propia sangre y la de los que á su lado peleaban, oye la voz de Telémaco, el cual vuela en su socorro; y al oirla recobra la vida, y se disipa la negra nube que cubría ya sus ojos. Sienten los Danienses el imprevisto ataque, y abandonan á Falanto para oponerse á otro mas poderoso enemigo. Estaba Adrasto como un tigre, á quien los pastores reunidos quitan la presa que iba á devorar. Búscale Telémaco en la pelea resuelto á acabar de un golpe la guerra, librando á los aliados de tan implacable enemigo; pero no quiso Júpiter concederle una victoria tan pronta y fácil: hasta la misma Minerva queria que tuviera mas que sufrir, para que mejor aprendiese á gobernar. El padre de los dioses guardaba á Adrasto para que Telémaco tuviese tiempo de adquirirse mas gloria y mas virtud; á cuyo fin formó en los aires una nube, á la cual se siguió un tan espantoso trueno para manifestar la voluntad de los dioses, que parecia que las eternas bóvedas del alto Olimpo se desgajaban sobre las cabezas de los débiles mortales: los encendidos relámpagos rasgaban la esfera del uno al otro polo, y en el momento en que con lo penetrante de su luz quitaban la vista de los ojos, volvian á suceder las horrosas tinieblas; y una repentina y abundante lluvia contribuyó á que los ejércitos se separasen.

Aprovechóse Adrasto de este favor de los dioses, pero sin reconocerle; con cuya ingratitud se hizo acree-

dor á mas cruel y ejemplar venganza. Apresuróse á pasar con sus tropas por entre el campo á medio quemar y un pantano que se extendía hasta el rio: y lo consiguió con tanto tino y celeridad, que mostró bien cuantos recursos y presencia de ánimo tenia. Animados por Telémaco los aliados, querian perseguirle; pero al favor de la tempestad se les escapó, como con rápido vuelo huye el pájaro del lazo que el cazador le tenia armado.

Vuélvense al campo con ánimo de repararle. Entran y ven lo mas horrible que produce la guerra: los enfermos y heridos, á quienes saltó fuerza para echarse fuera de las tiendas, no pudieron librarse del fuego: algunos á medio quemar dirigían al cielo en voz lastimera y moribunda los mas dolorosos gritos. Enternecióse tanto Telémaco, que no pudo contener las lágrimas, y tenia muchas veces que apartar la vista de aquellos míseros objetos de horror y de compasion. No podia sin erizarse mirar aquellos cuerpos, aun vivos, destinados á una prolija y dolorosa muerte: semejantes ya á la carne de las víctimas, quemada sobre los altares, cuyo olor por todas partes se difunde.

¡Ay de mí! exclamó Telémaco: ¡qué males tan temibles trae consigo la guerra! ¡de qué frenético furor se dejan arrebatar los hombres! si son tan breves y miserables los dias de la vida, ¡á qué apresurar una muerte de suyo tan cercana! ¡á qué añadir tan horrosas calamidades á las miserias de que está sembrada tan corta vida! ¡es posible que siendo todos los hombres hermanos se despedacen unos á otros! ménos crueles son las fieras. Los leones no hacen guerra á los leones, ni los tigres á los tigres, ni acometen mas que á los animales de otra especie: solo el hombre, á pesar de su

razon, hace lo que los irracionales no hicieron jamás. Ademas de que, ¿cuál es el motivo de estas guerras? ¿no tiene el universo mas tierra que la que pueden cultivar los hombres todos? ¿cuántas no hay desiertas é incultas! No basta el género humano á ocuparlas. ¡Solo una falsa gloria, un vano título de conquistador es el que enciende la guerra en tan inmensos paises! Así es como un solo hombre enviado al mundo por la ira de los dioses, sacrifica brutalmente tantos otros á su vanidad. Perezca todo, corran ríos de sangre, devórelo todo el fuego, y que lo que se libra del hierro y de las llamas perezca á los rigores del hambre aun mas cruel, con tal que un solo hombre, que se burla de la naturaleza humana, encuentre en esta destruccion general su placer y su gloria. ¡Qué gloria tan monstruosa! ¡podrán ser nunca tan aborrecidos como merecen los que así se olvidan de la humanidad! No es posible. Léjos de ser semidioses, no son ni aun hombres, y en lugar de ser admirados de la posteridad, merecen ser exécrados mientras subsistan hombres sobre la tierra. ¡O cuán circunspectos deben ser los reyes en emprender una guerra! Aun no basta que sea justa, debe ser necesaria al bien público: porque la sangre de un pueblo no debe derramarse sino para salvar al mismo pueblo de las mas extremas necesidades. Pero por desgracia los consejos lisonjeros que se dan á los príncipes, las falsas ideas de gloria, sus vanos recelos, la injusta avaricia disfrazada con bellos pretestos, y en fin, los empeños que insensiblemente contraen, son por lo comun las causas que les determinan á emprenderlas: de ellas les provienen mil males, en ellas lo arriesgan todo, y por ellas causan tantos daños á sus vasallos como á sus enemigos. Así discurría Telémaco.

Mas no se limitaba á tener una compasion esteril de los males, sino que procuraba aliviarlos. Véasele andar de tienda en tienda á socorrer por sí mismo los enfermos y moribundos: proveíalos de dinero no ménos que de remedios: animábales y les consolaba con amorosas palabras, y enviaba quien visitase á los que él no podia.

Entre los Cretenses que le seguian habia dos ancianos llamados el uno Tromafilo, y el otro Nosofugo.

Aquel fué con Idomeneo al sitio de Troya, y aprendió de los hijos de Esculapio el arte divino de curar las llagas. En las mas profundas y enconadas derramaba un licor odorífero que consumia las carnes muertas y corrompidas, sin necesidad de cortarlas, y regeneraba otras nuevas mas sanas y bellas que las primeras.

Nosofugo, aunque no conoció á los hijos de Esculapio, habia adquirido, por medio de Merion (1), un libro sagrado y misterioso que Esculapio habia dado á sus hijos. Era ademas amigo de los dioses: habia compuesto varios himnos en honor de los hijos de Latona (2): ofrecia diariamente un cordero blanco y sin tacha á Apolo, que frecuentemente le inspiraba. Apenas veía un enfermo, cuando en los ojos, en el color, en su estatura, y en la respiracion conocia la causa de su dolencia. Unas veces se valia de los sudoríficos, manifestando por los sucesos lo que la transpiracion suprimida ó facilitada contribuye á desconcertar ó restablecer toda la

(1) Merion era el conductor del carro de Idomeneo, y el gefe de la armada que trajo al asedio de Troya. Era un capitán muy valiente y muy experimentado.

(2) Latona era hija de Ceo: tuvo de Júpiter á Apolo y Diana en la isla de Asteria.

máquina : otras administraba en los casos de laxitud ciertas bebidas que poco á poco fortificasen las partes nobles , y dulcificando la sangre rejuveneciese los hombres. Pero aseguraba que la falta de virtud y de valor era la causa de que necesitase acudir tantas veces á la medicina. Es una vergüenza , decia , que los hombres padezcan tantas enfermedades , cuando de las buenas costumbres nace la salud. La destemplanza vuelve en mortal veneno los alimentos destinados á conservar la vida ; y los inmoderados placeres la acortan mas que pueden alargarla todos los medicamentos. No son tan frecuentes las enfermedades en los pobres que carecen de alimentos , como en los ricos que toman demasiados. Los manjares que excitan demasiado el apetito , y que son causa de que se coma mas de lo necesario , en vez de alimentar , matan. Los mismos remedios son verdaderos males que estenuan la naturaleza , y de los cuales debemos servirnos solo en necesidades urgentes. El gran remedio , siempre inocente , y siempre útil , es la sobriedad , la temperancia en los placeres , la tranquilidad de espíritu , y el ejercicio del cuerpo , por cuyos medios se consigue tener una sangre dulce y templada , y que se disipen los humores superfluos. De modo que el sabio Nosofugo era ménos admirable por sus remedios que por el régimen que establecia para evitar las enfermedades , y no necesitar de medicamentos.

A estos dos comisionó Telémaco para que visitasen á todos los enfermos ; y si bien curáron muchos con sus remedios , aun sanáron muchos mas por la oportunidad con que cuidáron que se les administrasen , esmerándose en tenerlos limpios , para impedir con el aseo la corrupcion del aire , y prescribiéndoles un exácto régimen de sobriedad en la convalecencia. Agradecidos

los soldados , daban gracias á los dioses de que hubiesen enviado á Telémaco al ejército.

Este no es un hombre , decian , sino en figura humana alguna divinidad benéfica ; y si acaso es hombre , ménos se parece á todos los demas , que á los dioses : él no vive sino para hacer bien ; y es aun mas amable por su dulzura y afabilidad que por su valor. ¿Quién pudiera tenerle por rey ! Pero los dioses le tienen reservado para algun pueblo mas feliz y que mas aman , y en el cual quieren renovar el siglo de oro. Oía Telémaco estas alabanzas cuando iba de noche á visitar los cuarteles para prevenir las astucias de Adrasto : alabanzas que no eran sospechosas de lisonja , como suelen serlo las que los aduladores dan en su cara á los príncipes , suponiéndoles faltos de modestia y delicadeza , y que para alcanzar su favor no hay mas que alabarles desmesuradamente. Al hijo de Ulises no podia agradar mas que la verdad , y le fueran insufribles otras alabanzas que las que le diesen en su ausencia , y que verdaderamente mereciese. No era su corazon insensible á estos elogios , ántes por el contrario sentia aquella pura y dulce complacencia que los dioses han hecho inherente á la virtud , que por no haberla gustado nunca los malos , ni la pueden concebir ni creer. Mas no por eso se abandonaba á este placer : al punto se le ponian delante todos sus defectos , sin olvidar su orgullo natural , ni su indiferencia para con los demas : avergonzábase interiormente de ser en realidad tan insensible y parecer tan humano , y referia á la sabia Minerva toda la gloria que á él se le daba , y no creía merecer.

Vos sois , decia , ó gran diosa , la que me habeis dado á Mentor para que me instruya y corrija mis malas inclinaciones ; de vos recibo la prudencia con que me

aprovecho de mis propias faltas para desconfiar de mí mismo; vos conteneis el ímpetu de mis pasiones; á vos debo el consuelo que siento en aliviar los necesitados. Sin vos yo fuera aborrecido, y digno de serlo; cometiera yerros irreparables, y fuera como un niño, que no conociendo su debilidad, deja á su madre y cae al primer paso.

Admirados estaban Nestor y Filoctetes de ver á Telémaco vuelto tan afable y atento, tan oficioso y caritativo, y tan ingenioso en prevenir los riesgos; y no sabían á que atribuirlo, pareciéndoles absolutamente otro hombre. Pero lo que mas les admiró fué el cuidado que tuvo de los funerales de Hippias: él fué por sí mismo á sacar de debajo de un monton de cadáveres su cuerpo sangriento y desfigurado, derramó sobre él piadosas lágrimas, y exclamó: ¡O alma grande! ahora sabrás cuanto estimé tu valor. Es verdad que me irritó tu fiereza, pero tus defectos nacen de los arrebatos de la juventud. Yo sé muy bien cuanta indulgencia necesita esta edad. En lo sucesivo hubiéramos vivido sinceramente unidos. Confieso que procedí con ligereza; ¡mas porqué, justos dioses, me le quitasteis ántes de que le hubiese obligado á que me amará?

Hizo Telémaco lavar el cuerpo con diferentes aguas olorosas, y ordenó que se preparase una pira. A la porfía de las cortantes hachas caían los altos pinos, y bajaban rodando de la cima de los montes. Las encinas, antiguas producciones de la tierra, que parecia amenazaban al cielo, los altos álamos, los olmos con sus verdes y pobladas copas, las hayas, que son el honor de las selvas, todo vino á caer á las márgenes del Galleso, para erigir en ellas una pira, que en sus proporciones parecia un edificio. Empieza á cebarse el

fuego, y un torbellino de humo sube hasta el cielo.

Avanzan los Lacedemonios á paso lento y lúgubre, bajas las picas y los ojos, derramando un torrente de lágrimas, llevando pintado el mas amargo dolor en aquellos fieros semblantes. Segúiales el anciano Ferecides, ménos abatido de los muchos años que del sentimiento de sobrevivir á Hippias, á quien habia educado desde la infancia. Alzaba al cielo las manos y los ojos anegados en lágrimas. Desde su muerte rehusaba todo alimento; el dulce sueño no habia podido dar descanso á sus llorosos ojos, ni mitigar un instante su acerbo dolor: iba pues detras de todos sin saber adonde, y sin proferir la mas mínima palabra; tan oprimido estaba su corazon, y tal era la desesperacion y abatimiento de que provenia aquel silencio. Pero al ver encendida la pira de tal modo se conmueve, que frenético y desesperado esclama: ¡O Hippias, Hippias! ¡ya no te volveré á ver! ¡mas como es que yo vivo habiendo tú muerto, mi querido Hippias! Yo, yo soy el cruel, yo soy el inhumano que te enseñó á despreciar la muerte. Yo esperaba que tus manos cerrarian mis ojos, y que tú recogerias mi último aliento. Pero los dioses crueles prolongan mi vida para que vea tu muerte. ¡Hijo mio, cuantos cuidados me has costado! ¡ya no te volveré á ver! ¡pero sí veré á tu madre muerta de tristeza, que me culpará de tu desgracia! ¡veré tambien á tu jóven esposa maltratarse el pecho y mesar el cabello, é yo desdichado! yo seré de ello la causa. Llamadme, pues, queridos manes, llamadme á las riberas de la Estigia, pues ya me es odiosa la luz; y tu vista, mi querido Hippias, solo tu vista es el único objeto de mis deseos: y si aun vivo, es por dar á tus cenizas los últimos honores.

Veíase el cadáver tendido en el féretro en que le lle-

vaban, vestido de púrpura, esmaltado de oro y plata. La muerte que estinguió la lumbre de sus ojos, no pudo borrar del todo su belleza: aun se veían en su pálido semblante como en bosquejo las gracias. Ondeábase al rededor del blanco cuello su largo y negro cabello, mas hermoso que el de Atis (1) ó Ganimedes, el cual iba en breve á ser reducido á pavesas; y en el costado se le veía la ancha puerta, por donde se le huyó el alma para descender al oscuro reino de Pluton.

Telémaco triste y abatido seguía de cerca al cadáver, y le iba cubriendo de flores; pero cuando llegaron á la pira, no pudo ver sin nuevas lágrimas apoderarse las llamas de las telas en que el cadáver iba envuelto. ¡A dios, le dijo, Hippias magnánimo, pues no me atrevo á llamarte, amigo! ¡aplácate, ó espíritu generoso, que tanta gloria has merecido! Si yo no te amaré, envidiaría tu dicha. Ya estás libre de las miserias que á nosotros por todas partes nos cercan; ya saliste de ellas, y por el camino mas glorioso. ¡Ay de mí! ¡cuán feliz fuera yo si tuviera igual fin! Aguas de la Estigia, no detengais su grande alma: entre triunfante en los campos eliseos. Conserve tu nombre la fama por la duracion de los siglos, y descansen en paz tus cenizas.

Apénas hizo esta deprecacion mezclada de sollozos, cuando todo el ejército dió un grito: todos se enternecian por Hippias, refiriendo sus grandes acciones: el

(1) Atis era un mozo de Frigia muy querido de Cibela, y que presidia á los sacrificios de esa diosa con condicion de que guardaria su castidad; pero habiendo quebrantado su voto, se enfureció contra sí mismo y se hizo eunaco. Cibela le transformó en pino.

sentimiento de su pérdida recordaba sus buenas cualidades, y ponía en olvido los defectos en que le habia hecho incurrir la fogosa juventud, y una mala educacion. Pero aun les llamaban mas la atencion las afectuosas demostraciones de Telémaco. ¡Es este por ventura, decian, aquel jóven tan feroz y altivo, tan desdenoso é intratable! Vedle aquí ya afable, humano y compasivo. Sin duda Minerva, que tanto ama á su padre, le ama tambien á él, y le ha infundido el don mas precioso que pueden dar los dioses á los hombres, dándole con la sabiduría un corazon sensible á la amistad.

Ya habia el fuego consumido el cuerpo, y despues de rociar Telémaco por sí mismo las cenizas con aguas olorosas, las colocó en una urna de oro coronada de flores, y se la llevó á Falanto, que tendido en el lecho y atravesado de una multitud de heridas, se hallaba en la mas extrema debilidad, cercano á las sombrías puertas de los infiernos.

Ya Tromafilo y Nosofugo, enviados por el hijo de Ulises, le habian suministrado todos los socorros del arte, y con ellos iban atrayendo aquella alma pronta á desamparar el cuerpo, que insensiblemente iba recobrando nuevos espíritus: un nuevo vigor, un bálsamo vital discurria lentamente de vena en vena hasta lo íntimo del corazon, y un calor agradable le iba sacando de las heladas manos de la muerte. Mas en este momento cesó el desmayo, y sucedió la afliccion; empezó, pues, á llorar por su hermano, cuya pérdida no se habia hallado hasta entónces en estado de sentir: ¡ay de mí! decia, ¡por qué se ponen tantos cuidados en que yo viva! ¡no fuera mejor que yo siguiese á mi hermano! ¡yo le ví morir á mi lado! ¡ó Hippias, Hippias, alegría de mi

vida, hermano mio, mi caro hermano! ¡ya no existes! ¡ya se acabó el tiempo de verte y oírte, y de poder abrazarte! ¡ya no tengo á quien contar mis penas, ni tendré jamas la satisfaccion de consolarte en las tuyas! ¡ó dioses, enemigos de los hombres! ¡ya no hay Hippias para mí! ¡pero como! ¡no es esto un sueño! ¡Mas ay! que no es sino realidad; yo te he perdido para siempre; yo mismo te ví morir; forzoso es pues que yo viva el tiempo necesario para vengarte; yo inmolare á tus manes al cruel Adrasto, manchado con tu sangre.

Mientras que así se quejaba Falanto, procuraban consolarle aquellos dos hombres divinos, temiendo que con la pena cobrase fuerzas el mal, y se inutilizarán los remedios: cuando de repente se le presenta Telémaco. Al principio le causó su vista dos contrarios afectos: conservaba cierto resentimiento de lo que habia pasado entre Telémaco é Hippias: y la pesadumbre por la muerte de este avivaba aquel resentimiento: por otra parte no podia ignorar que le debia la conservacion de su vida, pues le sacó ensangrentado y casi muerto de entre las manos de Adrasto. Pero cuando vió la urna de oro en que se contenian las cenizas de su caro hermano, derramó un torrente de lágrimas, abrazó inmediatamente á Telémaco, sin poder hablarle, hasta que por fin le dijo en voz lánguida é interrumpida con sollozos:

¡Digno hijo de Ulises! vuestra virtud me obliga á amaros; deudor os soy de la poca vida que me anima, y que tan pronta está á extinguirse; pero aun os debo otra cosa que me es todavía mas interesante: el cuerpo de mi hermano sin vos hubiera servido de pasto á carniceras aves; sin vos, privado de sepultura, hubiera andado su espíritu errante por las riberas de la Estigia,

repulsado siempre por el implacable Caron (1). ¿Es posible, dioses inmortales, que tan obligado me halle á quien tanto he aborrecido? Recompensadle vos, justos dioses, recompensádselo; y á mí desposeedme de una vida tan infeliz. Y vos, Telémaco, cuidad de darme como á mi hermano los últimos honores, para que nada falte á vuestra gloria.

Al decir esto le sobrecogió un desmayo, procedido del mas acerbo dolor. Telémaco se estuvo al lado sin atreverse á hablarle hasta que se recobrase. Con efecto, volvió en sí brevemente, y tomando de mano de Telémaco la urna, la besó muchas veces, la regó con sus lágrimas, y exclamó: ¡O caras y preciosas cenizas! ¡cuando esta misma urna contendrá tambien las mias! Ya te sigo, ó grande alma: á tí me uniré en los infiernos: Telémaco nos vengará á ámbos.

Entretanto iba cediendo de dia en dia el mal de Falanto á beneficio de los cuidados que por su salud se tomaban aquellos dos dignos discípulos de Esculapio. Acompañabales continuamente Telémaco á la cura de los enfermos, para estimularles con su presencia á que adelantasen en ella lo posible, y todos admiraban aun mas la bondad con que socorria á su mayor contrario, que el valor y la prudencia con que en la batalla habia salvado al ejército entero.

Era al mismo tiempo incansable en las mas penosas fatigas de la guerra: dormia poco, y muchas veces le interrumpian el sueño ó los avisos que á todas horas le

(1) Caron, hijo de Erebo y de la noche, barquero del infierno, que pasa las almas en su barca sobre el rio Estigio y demas rios del Tártaro.

daban así de día como de noche, ó las rondas de los cuarteles que nunca las hacia á una misma hora para sorprender mas fácilmente á los que no estuviesen con la vigilancia necesaria. Le era muy comun volver á su tienda cubierto de polvo y sudor : sus alimentos eran sencillos, y vivia como un simple soldado, para darles ejemplo de sobriedad y paciencia : empezó á sentir la escasez de víveres en aquel campamento, y juzgó necesario contener la murmuracion de los soldados, sufriendo él voluntariamente las mismas incomodidades que ellos; y léjos de enflaquecerle ni debilitarle una vida tan laboriosa, le hacia mas vigoroso y robusto : es verdad que empezaban á desaparecer aquellas tiernas gracias que son como la flor de la juventud, y que así el color como la delicada tez visiblemente se alteraban; pero tambien sus miembros, ántes afeminados en el ocio, se hacian fuertes, robustos y nerviosos en el trabajo.

FIN DEL LIBRO DIEZ Y SIETE.

LIBRO DIEZ Y OCHO.

SUMARIO.

Persuadido Telémaco por varios sueños á que su padre habia salido de esta vida, concibe y ejecuta el proyecto de irle á buscar á los infiernos; y para ello tomó consigo dos Cretenses, que le acompañaron hasta un templo, inmediato á la famosa cueva de Aquerontia. Entra en ella, llega á las márgenes de la Estigia, y le recibe Caron en su barca. Preséntase á Pluton, el cual le permite que busque á su padre. Atreviase el Tártaro, donde vé los tormentos que padecen los ingratos, los perjuros, los hipócritas, y particularmente los malos reyes.

CONOCIDA por Adrasto la mucha pérdida de su gente, se retiró detras de la montaña de Aulon (1) para esperar refuerzos, y ocasion de volver á sorprender á sus enemigos, semejante al leon hambriento, que rechazado por el pastor, se retira á las selvas, entra en su cueva, aguza dientes y garras, y espera un momento favorable para caer sobre el ganado, y despedazarle.

Establecida por Telémaco una exácta disciplina en el campo, volvió todo su cuidado á la ejecucion de un

(1) Aulon, hoy Caulo, es una montaña de la Calabria ulterior, hácia el cabo de Estilo, en la cual hay una villa del mismo nombre, en otro tiempo episcopal y sufragánea de Reggio.